

La canción cardenche en *La Cantina* de Lila Downs

José Édgar Salinas Uribe

A Jorge Reza, porque siempre volverá a los desiertos

Tiempo atravesado por aullidos de trenes que ya no avanzan, que son recuerdo, que transportaron sureños fantasmas henchidos de sueños e itacates hacia un norte aún por hacer. Al desierto llegaron y éste les saludó con su abrazo de espinos y noas; abrazo impío que abrasa y ahoga: los volvió cactus. Por eso echaron raíz. Por eso su canto nace aquí y aquí yace bajo el pisar del coyote y la caricia helada de la serpiente de cascabel, es el cañón de Jimulco, el rincón de La Laguna: cuna de la canción cardenche.

Así como toda verdad profunda, el origen de la canción cardenche es un mito, o mejor y más propio, tres interpretaciones que se cruzan a capela: que si es una herencia de laguneros venidos por la puerta sur de la comarca (Juan Aldama y Miguel Auza, Zacatecas, a su vez influenciados por voces andaluzas); que si la pobreza del desierto que no tiene para instrumentos sólo puede cantar a capela; que si era una manera de imitar los aullidos del coyote o que si las voces acompañantes simulaban el sonido de instrumentos que no se tenían. No se sabe, y no importa no saber, pues detectar el origen de la tristeza y la cuna de la soledad poco ayuda a aliviar la herida eterna que provocan.

Lila Downs, en su más reciente convite musical interpreta una canción

cardenche. No resulta gratuito que en el disco *La Cantina*, además de incluir (imposible no hacerlo) canciones de José Alfredo Jiménez, se tenga en su mosaico algo de lo mejor de la poética cardenche, la que más allá de rimas y métrica, versos y estrofas correctas, se teje con sotol, desierto, mucho trabajo, cansancio, explotación y exceso de nostalgia, ya sea de lo que fue, de la mujer imposible o de la risa que no será. Temas parroquianos de cantina, también.

Imaginación y horizonte quejumbroso, algodóneros sin frontera entre los cuales esas sombras de voz agrietada encadenaron su libertad: es el campo lagunero del atardecer del siglo XIX y la aurora del XX.

Al dolor, para serlo definitivamente, le es preciso su canto y el cardenche se ofrece voluntario.

Tres voces (ocasionalmente cuatro) soportan la canción cardenche: la primera, la del líder, marca la pauta, los tiempos y las entradas ayudado por las rodillas y los brazos, pues quienes interpretan lo han de hacer sentados, ya que ésta es la única posición dable para quien ha trabajado todo un día bajo el sol que en función de caporal los vigila en La Laguna. La de arrastre, o bien, la «marrana», es la voz grave. Y la contralta o requinto canta la melodía con un registro agudo.

José Édgar Salinas Uribe
Director de la revista *Acequias*.
edgar.salinas@lag.uia.mx

Monsiváis dijo que Tin Tan era el primer mexicano del siglo XXI por su realidad de pachuco. De Lila Downs podríamos decir que es una mexicana de muchos siglos: de los siglos indígenas, de los siglos migrantes, de los siglos morenos y de los blancos, de los siglos que se cuentan por culturas y no por años, que se dicen en mixteco, zapoteco, español, inglés. De los siglos que en cantinas le cantan «a la raza de mi madre, a la gente de nube hoy les canto con mi alma y en vida lloro con ustedes, porque ya cuando llegue la muerte, ¿de qué sirven las lágrimas, de qué sirve cantar mis canciones?» como ha dicho Lila, hija de un académico comunista norteamericano y de una indígena mixteca.

El cardenche elegido por Downs se titula «Yo ya me voy a morir en los desiertos», que en palabras de Lila, en una entrevista concedida a Ricardo Aguilera, para ella se trata de «una música del México profundo que está muy poco comercializada. En ese corte se percibe esa parte de entrega a la naturaleza que tiene la canción campesina. Dice: «A mí no me consuelan esas copas de aguardiente». Es como si el penar fuera tan profundo... Me toca el alma».

Tocar el alma, quizá esa es la clave de interpretación y sentido del canto del dolor, del cardenche. Toca el alma y lo hace en dos direcciones: toca en cuanto que musicaliza el alma y toca en cuanto que la siente. Aquí la letra de ése cardenche:

Yo ya me voy
a morir en los desiertos,
me voy del ejido
a esa Estrella Marinera.
Sólo en pensar
que ando lejos de mi tierra,
nomás me acuerdo

me dan ganas de llorar.
Pero a mí no me divierten
los cigarros de Dalila,
pero a mí no me consuelan
esas copas de aguardiente.
Sólo el pensar
que me dejé un amor pendiente,
nomás que me acuerdo
me dan ganas de llorar
Pero a mí no me divierten
los cigarros de Dalila,
pero a mí no me consuelan
esas copas de aguardiente.

Nostalgia por la tierra dejada, desconuelo por un amor pendiente, ausente y que ni el sotol ni el cigarro logran hacer olvidar. El recuerdo rasga y cuando la tristeza es mucha la sangre del corazón brota en forma de lágrimas por los ojos. He comentado con amigos que el cardenche es la más sincera expresión de canto que posibilita un desierto como el de la Comarca Lagunera. A tres voces el cardenche canta su dolor y nos comparte estampas de la marginación social y de ése México del que sólo quedan vestigios de adobe y acequias envejecidas: los ejidos de La Laguna.

Acierto el de Lila Downs incluir en *La Cantina* un cardenche. Es un justo reconocimiento a ése México profundo del norte del país, un asomo a su dolor y a sus ejidales ganas de morir en los desiertos. ♪

